

## CAPÍTULO 1

### La desaparición

Sábado, 8 de octubre de 2011. A las 18.40 un hombre coge su teléfono móvil. Está en algún lugar sin ruido entre el parque Cruz Conde de Córdoba, más conocido como el parque del Cola Cao, y el de la Ciudad de los Niños. No se vislumbra ni angustia ni nervios en su rostro.<sup>1</sup> Hace escasamente cinco minutos que se ha encontrado con su hermano Rafael a la entrada del recinto, después de llamarlo para informarle de que sus hijos, Ruth y José, han desaparecido.

A Rafael sí se le observa dando vueltas de un lado a otro, con un teléfono en la mano, enseñando una foto de sus sobrinos a todo el que pasa. También hay un vigilante de seguridad y unas mujeres que trabajan en la recepción del parque preguntando por dos niños de seis y dos años. Pero él está como expectante. Rafael se le acerca y le dice: «¿Has llamado a Emergencias para que los busquen?».<sup>2</sup> El hombre, José Bretón Gómez, se percata de que aún no ha avisado a las autoridades de la pérdida de sus críos. Se decide a marcar.<sup>3</sup>

—Emergencias Andalucía 112, dígame.

—Sí, mira, estoy en Córdoba capital y quería denunciar que... no encuentro a dos... a mis hijos, uno de dos

años y otro de seis en el parque que hay enfrente de la Ciudad de los Niños. [Tono de voz monocorde.]

—¿Pero qué ocurre con los menores?

—¡Que no los encuentro! [Medio lloroso.]

—Que los ha perdido...

—Sí...

—De acuerdo, ¿es usted el padre, no?

—Exactamente... [En lágrimas.]

—De acuerdo. Mire, le voy a tomar nota. Tranquilícese. ¿En qué provincia se encuentra? Me dijo aquí en Córdoba, ¿Córdoba capital o algún pueblo?

—No, no. En Córdoba capital. [Sigue medio lloroso.]

—Córdoba capital, de acuerdo. ¿En qué calle viven ellos?

—Es que estamos en Huelva, pero nos hemos venido para aquí el fin de semana, a Córdoba. [Medio lloroso.]

—Ah, de acuerdo, ¿que viven en Huelva, no? ¿Con domicilio en Huelva? ¿Y están ahora en casa de algunos amigos?

—No, en casa de mis padres. Que hemos venido a pasar el fin de semana. [Se recompone.]

—Bien, escuche, ¿cómo se llama la calle donde se hospedan los menores ahora, la casa de sus padres entonces?

—Don Carlos Romero número X.

—¿Juan Carlos?

—Don, Don Carlos Romero.

—Vamos a ver, Don Carlos Romero número X, ¿no? ¿Es un piso o una casa?

—Es una casa. [Se está cansando de estas preguntas.]

—Esta casa pertenece ¿a qué barriada o zona dentro de Córdoba capital?

—¡Pero que los niños no se han perdido ahí! [Pierde los nervios y grita al interlocutor.]

—Ya lo sé, señor, pero necesito un domicilio, tranquilícese que terminamos antes.

—Sí, sí.

—¿A qué barriada? Le vuelvo a preguntar.  
—A Cañero, en Cañero.  
—Bien, en Cañero. Me confirma: en Córdoba capital, en la calle Don Carlos Romero X, que es una casa en la barriada de Cañero, es donde por ejemplo han pasado esta última noche, ¿no? Donde están ahora...  
—Sí, sí, sí.  
—Y ellos se han perdido, entonces, a ver, se han perdido en un parque... ¿cómo se llama la calle donde se han perdido?  
—Es que no lo sé. Es enfrente de un parque que hay... enfrente de la Ciudad de los Niños...  
—Pero ¿que es en la misma calle Don Carlos Romero o dónde?  
—No, no, no. Es muchísimo más lejos. [Irritado.]  
—Bien, pues algún dato más sobre ese parque, señor, para que también la policía busque por esa zona. ¿Ese parque dónde está? ¿En qué calle o avenida? Pregunte por favor si hay alguna persona en la calle.  
—Menéndez Pidal es el nombre de la calle. [No se lo pregunta a nadie, de hecho no hay ningún ruido ni se oye a nadie a su lado.]  
—En un parque entonces de la calle Menéndez Pidal, ¿no?  
—Sí.  
—Bien, y esto pertenece a la barriada o zona... ¿lo sabe?  
—No, eso es por la zona hospitalaria. [Dudando de cómo se lo explica.]  
—Por la zona hospitalaria, muy bien.  
—Al parque le dicen el parque de la ruta del circuito del Cola Cao.  
—Se trata entonces del parque del Cola Cao, ¿no?  
—Sí, circuito del Cola Cao le dicen. [Harto pero sin estar agresivo, tranquilo.]

—Parque, circuito, entonces, del Cola Cao. Dígame el teléfono del que me llama, por favor.

—XXXX.

—Dígame, ¿qué edades tienen?

—El niño tiene dos años y la niña, seis.

—¿Dos y seis años, no?

—Sí.

—De acuerdo, ¿cómo se llaman?

—José y Ruth.

—¿Apellidos?

—Bretón.

—¿Perdón?

—Bretón.

—Bretón. José y Ruth Bretón, ¿no?

—Sí.

—De acuerdo. ¿Están bien ellos? ¿Necesitan asistencia médica? ¿Están en tratamiento o algo?

—No. [Contesta como sorprendido por la pregunta.]

—¿Qué tiempo hace que no los ha visto?

—Pues hará ya media hora que no los tengo localizados. [Muy tranquilo.]

—Media hora... ¿cuándo los vio por última vez? ¿En el parque?

—Sí, claro. Si íbamos al parque Ciudad de los Niños y hemos atravesado el parque.

—Perdidos en el parque, muy bien. Vamos a ver, en cualquier caso, usted estaba con ellos, ¿y cómo fue el momento? Usted estaba con ellos y se descuidó y ellos se perdieron de vista o cómo...

—Aquí había un poco de tumulto de gente y cuando voy a echar mano de ellos pues no, no los veo.

—Denuncia supongo que todavía no hay, ¿no?

—No, si no me ha dado tiempo. [Se revela cierto fastidio, como diciendo: «no te das cuenta de que te estoy llamando para denunciar...».]

—Claro, claro, entiendo. Mire, pues en principio avisamos de inmediato a los servicios operativos, ¿eh? Vamos a avisar a la Policía Local en este caso. No obstante, deme una breve descripción. ¿Qué lleva Ruth o José puesto? ¿Qué llevan?

—La niña lleva unas mallas rosas y una camiseta corta con listas rositas y blancas transversales.

—Rosa y blanca. ¿Y el niño?

—El niño una camiseta cortita azul con los bordes amarillitos y unos pantalones beige claritos.

—Beige claro, de acuerdo. Mire, avisamos de inmediato a los servicios operativos. No obstante, en el momento que los encuentre vuélvanos a llamar también para anular el aviso, ¿de acuerdo?

—¿Se ponen en contacto entonces conmigo?

—Supongo que sí. Éste es el teléfono que usted me ha facilitado, ¿no? ¿El 338?

—Sí.

—De acuerdo, pues avisamos de inmediato. Gracias por llamar. Buenas tardes.

—Sí, bueno...

—Buenas tardes. Adiós.

Al regresar a la entrada de la Ciudad de los Niños se forma a su alrededor una aglomeración de viandantes inquietos, pero él se rasca la barbilla mientras los que le acompañan no paran de hacerle preguntas: ¿Dónde estabas cuando se perdieron? ¿Cuánto tiempo ha pasado? ¿Te has distraído?...

Mientras su hermana Catalina y su cuñado José Ortega van llegando al parque y la policía se dispone a remover Roma con Santiago, él decide distanciarse de la mayoría y vuelve a coger su móvil.

Son las 18.50. Siente la necesidad de llamar a una antigua amiga, Adela. La conoció casi a la par que a su ex

esposa, pero sólo se había atrevido a intentar darle un beso, infructuosamente, hace más de una década.<sup>4</sup> No le contará que, según su versión, ya han pasado unos 40 minutos desde que sus hijos están en paradero desconocido. Sólo quiere informarla de que a partir de ese día tiene claro que comenzará a vivir en Córdoba para siempre. Que los años en Huelva pertenecen al pasado. Adela explicará a la policía en días posteriores y a la revista *Interviú* en febrero de 2012, que «hacía años que no hablábamos. La tarde que se perdieron los niños me llamó por teléfono. Me preguntó qué tal estaba y me dijo que se venía a vivir a Córdoba. Que se acordaba de mí, que quería que quedáramos y me dijo: “A ver si nos vemos”. (...) No me contó nada de que había perdido a sus hijos esa tarde, ni me dijo que tenía hijos».

Tras excusarse con su interlocutora apelando a que tiene algo importante entre manos, un asunto que ya le desvelará, acude al encuentro de la Policía Nacional. Los agentes de Córdoba se despliegan por ambos parques para hacer una primera batida, incluso por la orilla del Guadalquivir cercana al recinto. Algunos agentes solicitan al vigilante jurado las grabaciones de las cámaras, y mientras recuperan las cintas preguntan sobre el hombre que ha perdido a sus hijos. Una trabajadora de la Ciudad de los Niños hace un comentario, le parece raro que cuando ha ido a pedirle que llame por megafonía no le haya dado la descripción de los pequeños. ¿Cómo les iba a identificar alguien sólo por los nombres? ¿Sabrían los niños asociar que se les llamaba a ellos por megafonía? ¿Cómo iban a acudir hasta la Ciudad de los Niños si se habían perdido en el parque Cruz Conde? En realidad, no sabe cómo son ni cómo iban vestidos porque el padre no le ha comunicado esta información. No ha sido hasta que el hermano ha comenzado a enseñar la foto del móvil que les ha puesto cara. El vigilante jurado asiente. La policía apunta el dato.

Comienzan desde ese instante a fijarse en cada uno de los movimientos del padre, que en absoluto parece desconsolado ni nervioso. Es más, tanto su hermano como su cuñado muestran signos de no fiarse de él.

Sobre las ocho de la noche, los investigadores deciden que deben ir a la comisaría a poner oficialmente una denuncia. Son dos niños muy pequeños, sin ropa de abrigo ni carrito, sin comer... Teniendo en cuenta que el padre asegura que los ha perdido de vista sólo unos segundos, no tiene sentido que se hayan perdido. Se los ha tenido que llevar alguien. Rafael y su cuñado se quedan en el parque para continuar con la búsqueda.

Sentados en un despacho, dos agentes transcriben diligentes la denuncia por la desaparición de los menores Ruth y José. Según puede leerse en el documento que transcribimos a continuación:

En Córdoba, siendo las 20 horas y 43 minutos del día 8 de octubre del año 2011, ante el Instructor y el Secretario arriba mencionados.

COMPARECE: En calidad de DENUNCIANTE, José Bretón Gómez...

MANIFIESTA: Que se encontraba con sus dos hijos de seis y siete años de edad [es literal, se confunde en la edad]. Que aproximadamente a las 18 horas los ha perdido de vista en el parque y ha llamado a un familiar por teléfono. Que después ha llamado al 112. Que ha buscado, con su familiar por la zona a sus hijos. La menor está vestida con un polo de manga corta color rosa y con rayas transversales y unas mallas por debajo de la rodilla. Mide unos 120 centímetros y tiene el pelo largo, liso y castaño. El varón lleva un polo de color azul de manga corta, un pantalón de color beige. Pelo corto, liso y castaño. Mide 90 centímetros y no habla muy bien.

Que informado de todo lo anterior MANIFIESTA:

Que se encontraba junto a los niños a unos 20 o 25 metros de distancia. Ellos estaban jugando y corriendo, en el lugar habría unas veinte personas. No se hacía una idea de dónde se han podido dirigir. Los ha buscado por las inmediaciones y en el parque infantil de la Ciudad de los Niños. (...)

Pasadas las nueve de la noche, una llamada a la comisaría interrumpe la declaración de José Bretón. Es una mujer que dice llamarse Ruth Ortiz, de Huelva. Su ex marido se llevó el día anterior, viernes 7, a sus hijos de su casa para ir a pasar el fin de semana a Córdoba. Están en proceso de separación y no le ha cogido el teléfono en todo el fin de semana, aunque éste le ha llamado insistentemente. Hace unos minutos, su hermano Estanislao acaba de avisarla de que la policía estaba intentando ponerse en contacto con ella para alertarla de que sus hijos, Ruth y José, habían desaparecido. Necesita confirmarlo y, sobre todo, ponerse a disposición de los agentes en lo que precisen.

En Córdoba, la llamada de la madre parece apuntalar las primeras sospechas de los agentes. La actitud de José Bretón no se corresponde con la de alguien que ha perdido lo que más aprecia en el mundo. De hecho, nadie se fía de él: ni su hermano Rafael ni su cuñado José ni su ex mujer Ruth Ortiz.

Con las primeras pruebas encima de la mesa, la declaración del hombre hace aguas por todas partes. Ninguna cámara de vigilancia de la Ciudad de los Niños ni del parque Cruz Conde le ha captado con sus hijos. Tampoco ha captado a nadie saliendo con los pequeños y no es fácil secuestrar a dos niños de seis y dos años. Es muy arriesgado. Y más aún si uno de ellos apenas anda. Según el padre, él estaba sentado en un banco de ejercicios y se quedó unos segundos embelesado mirando al lado contrario a



donde correteaban sus hijos, ellos se han debido de meter entre la gente y cuando ha vuelto a girar la cabeza ya no estaban. Pero los investigadores no ven probable que en cuestión de segundos unos secuestradores se hubieran llevado a dos niños a un vehículo para fugarse sin dejar rastro. Si buscaban a un niño al azar, ¿cómo arriesgarse a coger dos? ¿Cómo no les iba a ver alguien de esa veintena de personas entre las que según el padre se metieron los críos? Una veintena de personas, por cierto, que no aparecían por ninguna parte. De hecho, nadie recordaba a un padre preguntando a diestro y siniestro por sus hijos. Era imposible, en definitiva, que nadie hubiera visto nada, que ninguna cámara les hubiera grabado. Sólo existía una posibilidad y era que Ruth y José nunca hubieran llegado al parque.

Los investigadores de la UDEV (Unidad de Delincuencia Especializada y Violenta) de Córdoba deciden ponerse en contacto con sus homólogos de la Comisaría General de Policía Judicial, en Madrid, y contarles sus impresiones. Han vuelto a escuchar la llamada telefónica que José Bretón realizó al 112 y detectan matices que les hacen sospechar.

Por ejemplo, los datos de la llamada no cuadran con su primera declaración ni con el visionado de las cámaras. Bretón llega al parque pasadas las 18.00. Exactamente, según la memoria de su teléfono, a las 18.08 llama a su hermano pero se corta. A las 18.09 vuelve a llamarle y le dice que ya ha llegado al parque. Rafael se extraña, según les explica él mismo, porque en realidad no ha quedado con él a ninguna hora concreta. Sin embargo, a las 18.40 él informa a Emergencias de que los ha perdido hace media hora. Es más, hace escasos minutos que les ha contado a los investigadores que los ha perdido a las 18.00.

A las 18.19 es la primera vez que una cámara de seguridad le capta. Está entrando a la Ciudad de los Niños.

Segundos antes pasa un guardia jurado hacia las cabinas de información, según ha testificado a los investigadores, se percata de que el hombre ni va gritando el nombre de sus hijos ni se le ve angustiado. Las imágenes muestran a un José Bretón que sólo duda hacia dónde dirigirse y cuando ve una cámara de seguridad grabándole se echa la mano a las gafas de sol, como tapándose el rostro. Lleva al hombro la bolsa con las cosas de sus hijos.

Justo cuando el vigilante va hacia la garita, en segundo plano se aprecia cómo un hombre de camisa clara y pantalones oscuros cruza el paso de cebra que separa ambos parques. Está con el móvil en la mano. Ha llamado a sus dos hermanos: a Rafael a las 18.18 para decirle que ha perdido a sus hijos y que vaya para el parque, lo que se contradice con lo dicho a Emergencias sobre la hora de la desaparición; a las 18.19 a su hermana Catalina para contarle lo mismo, y es ella quien le apremia a acudir a la megafonía de la Ciudad de los Niños.

Sin necesidad de ser matemáticos, los policías se convencen de que al padre de Ruth y José no le podía dar tiempo de aparcar en una explanada cercana al Cruz Conde, andar 10 minutos hasta el lugar donde indica que los ha perdido, perderlos, buscarlos, llamar a sus familiares y llegar a la megafonía a la vez que está colgando el teléfono. Es inviable, a no ser que alguna de estas cosas no hubiera ocurrido.

A las 18.40, cuando llama a Emergencias a instancias de su hermano, que es quien organiza el primer dispositivo de búsqueda, José Bretón se debe de refugiar en algún lugar sin ruido. El tono de voz tampoco deja indiferentes a los policías, el hombre está demasiado tranquilo. Su lenguaje no es nada inconexo, ni muestra angustia o ansiedad. Es lógico, sosegado y la intranquilidad que muestra parece aparentarla, fingirla, porque al segundo vuelve a estar normal.

Enseguida detectan la primera mentira del padre. Dice que vienen de Huelva, dando a entender que son una familia de visita en Córdoba, aunque lleva desde el 18 de septiembre separado de Ruth Ortiz, ha abandonado Huelva y reside con sus padres, Bartolomé y Antonia, en su provincia natal.

Aparentemente, tiene problemas para situar el parque; sin embargo, unos días antes ha llevado a sus sobrinos, como les comentará el marido de Catalina, José Ortega. Los investigadores se inclinan a pensar que fue para observar si ése era el sitio idóneo para denunciar una desaparición de menores.

Por cómo transcurre la conversación, lo normal es que Bretón se hubiera irritado con el operador del 112 que le paraliza con un arsenal de preguntas que, a alguien desquiciado por haber perdido a sus hijos, le sacaría de sus casillas. Pero Bretón es muy comedido.

Cuando va a comisaría a poner la denuncia también está sereno. No se aturulla y tiene respuestas para todo. Reitera una y otra vez que los ha perdido cuando comienza a observar que los investigadores quieren someterle a un interrogatorio más exhaustivo sobre a quién llama, en qué lugares ha estado...

Él se muestra reticente a contar lo que ha hecho ese día. Pero Rafael comenta a los agentes que José ha estado por la tarde en una finca de la familia, Las Quemadillas, a unos 20 minutos del parque. Ellos se lo preguntan al padre de los menores, que les dice muy seguro que allí no van a encontrar nada, que hay que buscarlos fuera, vaciar el Guadalquivir si fuera necesario.

Tras valorar los indicios, los policías cordobeses deciden hacer caso a sus compañeros de Madrid: acudirán a la finca, sin perder de vista al padre, por si allí hubiera algo que pudiera confirmar que realmente los niños no llegaron al parque.

La actitud de los vecinos de Las Quemadillas es de plena colaboración. Se acercan a la finca de los Bretón por si pudieran ayudar en algo. Al dueño de una parcela limítrofe, la policía y el propio José le pillan por sorpresa mientras buscan por los árboles algún rastro de los niños. Se ofrece rápido a ayudarles en las tareas, pero el padre de los chiquillos le dice «si aquí no están, mira que se lo estoy diciendo». Como si nada.

Sin embargo, lo primero en sorprender a los agentes es una enorme hoguera todavía humeante. Deciden remover los rescoldos, por si hubiera algo, pero lo único que quedan son cenizas calientes, y dejan que se apaguen por sí mismas.

Rafael se extrañó. Según la policía, «le reprochó a José cómo se le había ocurrido hacer la hoguera entre los naranjos». No era lo habitual.

Éste responde que ha estado en la finca desde las dos de la tarde, tras salir de casa de sus padres y los niños se han quedado dormidos en el trayecto. Al llegar a Las Quemadillas aparca dentro de la finca y deja a Ruth y José durmiendo dentro del vehículo. Entonces decide hacer una hoguera para quemar algunas cosas de Ruth, ropa y apuntes que no hacían falta.

José Ortega, el cuñado, era el que más nervioso estaba de todos. Según declarará tanto a la policía como al juez, la versión de Bretón no le convence y se altera cuando la policía le preguntaba cómo era posible que hubiera dejado a los niños durmiendo en el coche. «A mí sus contestaciones no me parecían lógicas. Se mantuvo frío y distante sin mostrar sentimiento alguno», le contará al juez. Está convencido de que «es difícil que los niños se hubieran quedado dormidos ya que fue un recorrido muy corto». Además, y a eso llevaba dándole vueltas toda la tarde, por lo que conocía a Bretón no era posible que él se sentara donde dijo en el parque cuando pierde a los niños «ya

que es muy escrupuloso con la limpieza. Cuando se sienta en un banco público llega incluso a poner un pañuelo debajo».

Los nervios del marido de Catalina se desatan al presenciar que su cuñado mantiene la calma sin responder a las preguntas de los agentes. En un arranque de desesperación dice a los investigadores: «¡Dejádmelo a mí, que éste habla sí o sí!». Los policías deciden utilizarlo para presionar a José, autorizando su presencia y la del hermano del sospechoso, Rafael, pero Ortega no consigue contenerse y se tira al cuello del mayor de sus cuñados espetándole: «Si es verdad que no tienes que ver nada con la desaparición de los niños pégame una hostia».

Los agentes corren a separarlos y se llevan a Ortega a un aparte, para hablar con él. Ante el juez dirá que lo hizo para «ponerle ante un caso extremo a ver si por lo menos sabemos algo, por si ha sido él, aunque hay que barajar la posibilidad de que alguien le tenga manía a los hijos». Sin embargo, le explicará al fiscal, «viendo la dirección que estaba tomando la policía, yo me creo que una de las posibilidades podía ser la que decía la policía». Que José Bretón había hecho desaparecer a los pequeños.

Ortega, además, no puede quitarse una conversación de la cabeza. La que había mantenido con José la noche anterior, cuando regresó a su casa para buscar a Ruth y José, que habían estado jugando con sus primos. Estaba nervioso, raro, llevaba así desde que se separó de Ruth. José le dijo que «se la iba a liar gorda».

En una de sus declaraciones ante la policía, a los pocos días de la desaparición, les transmite que la noche del viernes 7 «tanto le asustó lo que José le dijo, que recuerda que le comentó que no se le fuera a ocurrir darse un golpe con el coche cuando estuviera con los niños, que si

quería hacerle algo a Ruth que fuera y le diera una *guantá*, pero que a los niños no les hiciera daño».

Tras dar muchas vueltas a la finca, ya de madrugada, los policías deciden que es hora de marcharse y preparar un dispositivo de búsqueda el domingo por la mañana. Buscarán en el parque, en el río, pero también en Las Quemadillas. El padre de Ruth y José no inspira ninguna confianza, esa noche le piden a Ortega que le vigile, que le lleve a dormir a su casa. Pero antes quieren hacer una última comprobación sobre la actitud de Bretón.

José ha reconocido que había estado llamando ese fin de semana a su ex mujer, pero que ésta no le ha cogido el teléfono ni contestado a los mensajes desde el viernes por la tarde. Asegura que están teniendo una separación ejemplar por los niños, sin embargo cuando la madre se ha puesto en contacto con la comisaría para confirmar la información no ha dado esa sensación.

A las 4.50 de la madrugada del sábado 8 al domingo 9, Ruth recibe una llamada de José. «Te llamé por teléfono y no me lo cogiste. Tu madre me dijo que estabas hablando por el móvil y era mentira. Mira cómo me llamas ahora. He perdido a los niños en el parque. A alguien le tenía que tocar y me ha tocado a mí.»

Ruth pierde los nervios, necesita que la asistan, pero él se mantiene sereno.

Bretón se encuentra por fin en casa de su hermana Catalina junto con su cuñado. Allí se siente tranquilo. Aunque a José Ortega no le ocurre lo mismo. Decide esconder los cuchillos de la casa mientras los dos hermanos comienzan a charlar. Además, encuentra una navaja en la mochila de su cuñado.

José Bretón, quizá en un tono muy fatalista —como explicarán pasado el tiempo su abogado José María Sánchez de Puerta y su hermana—, dice: «Catalina, ¿y si los

niños estuvieran muertos?». Ella quiere desechar la idea: «No digas eso, José, ¿cómo van a estar muertos? Ya verás como aparecen». Él contesta: «¡Qué pena si yo tengo que enterrar a los niños, con lo bonitos que eran y la ilusión que yo tenía con ellos! Si eso pasara yo me tendría que morir. ¡Por Dios, mis niños, mis niños, por Dios!».

Editorial Ariel

Editorial Ariel